

Teguisse, su gente, sus pagos

Sebastián Sosa Barroso.

Señoras y Señores Estimados alumnos.

Estuve viviendo por estas tierras casi ocho años y muchos más en periodo estival; todo parece que fue ayer; pero mi ausencia física lo que ha hecho es ahondar más en mi isla predilecta; en mi isla llena de islas; en la isla más rica en islas; en islas-rocas, llenas de nidos de pardelas; en la isla festoneada de roques y gaviotas. Si; Lanzarote de nuevo en mis andanadas imaginativas: Lanzarote, isla, es como un caballito de mar que se entretiene en un quehacer lúdico, jugando, entre aguas claras, con sus propias crías, que no son otra cosa que un desove de su misma existencia llena de fantasías recreadoras.

Lanzarote es isla, es volcán, es arca de leyendas; es prehistoria e historia dadas de la mano para formar una especie de terracota donde el hombre puede soñar, adivinar e imaginar andaduras de viejas existencias.

Sí; por estas tierras anduve y como un peregrino, buscaba cosas que mi imaginación presentía deberían estar ocultas bajo las arenas y los arroferos de los volcanes. Intentaba encontrar y penetrar en el alma de sus pueblos y pagos; ojear lo que había dentro de una casona vieja abandonada y dar vida a unos personajes que ya no existían porque el tiempo o un volcán en erupción los había desaparecido en un torbellino del destino. Aquí las palmeras parece que dicen algo y las lavas petrificadas, acariciadas por el viento, nos llenan de un escalofriante temblor. Lanzarote es una isla distinta dentro del archipiélago canario. Pero, al escribir estas líneas, algo me retiene; he venido aquí a decirles algo donde la imaginación no sea lo exclusivo e intento razonar, poner orden a mis ideas, para no caer en la tentación de volverme una esfinge contemplativa, a la manera oriental; pero tampoco quiero ser destruido por el orden lógico que impone la razón, como hizo Edipo al descifrar el enigma; busquemos, de momento, algo que se refugia en los recuerdos, que todavía perviven en mí, de un pueblo que pateé y que olfateé como si fuese un hurón domesticado en cualquier patio de una casa de labranza, y que llamé en un poemario "*La Villa Villa*", intentando decir, en el Sintagma: "La Villa por excelencia"; porque en el fondo eso fue, lo es y lo será.

En un primer momento, yo, como "receptor", captaba las ondas que me llegaban de la plaza con leones, del Palacio de los Spínolas, del Callejón de la Sangre, de la Iglesia, de los conventos sin frailes, del Silo, de cada calle, de cada casa, de cada ventana, de cada chimenea de tiro largo y porte elegante, cuya humareda subía muy alta y se esfumaba en el cielo azul, intensamente azul, como en los sacrificios que Abel ofrecía a Dios según el Viejo Testamento.

El paisaje amplio, y sus caseríos quedaban grabados en mi alma y los retrataba en mi interior; hoy, pasado el tiempo, trato de recomponerlos como si fuese un coleccionista de tarjetas postales; el problema me surge cuando intento recomponerlos en el espacio, algo así como si tratase de resolver un puzle. Recuerdo los personajes que iban a la gallería a hacer las apuestas domingueras, a los estudiantes de bachillerato, al maestro Carrión. magnífico preparador de exámenes de ingreso, al secretario Bonilla, a Segundo, el dueño del bar Acatife; y no puedo olvidar a mis amigos de infancia y juventud en el Colegio Viera y Clavijo de Las Palmas y nacidos en Tiagua: Francisco Armas Feo. José María Barreto y Sebastián Barreto Feo, siempre enfrentados a Ceciliano Bermúdez y a los hermanos Quintana Sáenz por aquello de:

La Villa ya no es la Villa,
la villa es un arrabal.
San Bartolomé es la villa
y el puerto la capital.

Pero, queridos señores y alumnos, de verdad, la Villa siempre es la villa y viene a mi memoria, con urgente necesidad lo que Agustín Espinosa, en su Lancelot decía de Tegui: "La montaña de Guanapay es el Ángel Custodio de Tegui. Por ella, sonrío confiado el pueblo de las mujercitas de andar jaguarino y largo mirar de novias de un "film yanqui".

Dentro de ese marco connotativo de Espinosa, cabe situar a un grupo de mujeres inquietas por la cultura de la villa; me las imagino en el trajín diario de sus casas solariegas, en la plaza, o agrupadas en la puerta de la iglesia, magnífico ejemplar de artesanía y que un día reprodujo en magníficos grabados el artista Jesús Ortiz, puerta traída de las Indias españolas. Y me las imagino cantando, acompañadas del órgano, en las fiestas y misas domingueras, en el arreglo de los altares llenos de flores artificiales y colocando velas en el inmenso cuadro de Animas; mujeres como abejas, que elaboran la cultura peculiar de los pueblos pequeños; en fin, mujeres que destacaron por su señorío natural por su gusto exquisito; mujeres que luchaban contra el tedio, el aburrimiento y la soledad de un viejo pueblo; familias de mujeres que sobresalieron en un momento especial de la vida de este pueblo: Así, las hijas de D. Francisco Spínola: Dña. Manuela, Dña. Dolores y Esperanza Spínola; ésta última, aficionada a la pintura, a la escultura y era también la promotora de las funciones teatrales y musicales; era una mujer entregada de lleno y con todo amor a las bellas artes: Esperanza era la gran alentadora de la esperanza en el arte, en todas las artes. Y en la misma línea y siguiendo la línea poética de Espinosa, no podemos olvidar a Dña. Carmen Spínola, la guardadora de tantos recuerdos de la Villa, mujer humilde y madre de catedráticos de especial relevancia en la docencia y en la política; y, dentro de este marco de mujeres, no podemos olvidarnos por su excelente labor a Dña. María Luisa Perdomo Sosa, hija predilecta de Haría, magnífica directora y madre de los estudiantes de la comarca y a su hermana Dña. Paquita, la maestra de música, la que tocaba el armonio en la Iglesia parroquial mientras se danzaba y cantaban villancicos el día de Navidad.

Cabe imaginar en Tegui, un paraíso de cosas; un paraíso donde confluían el silencio de los candiles y farolas con otras que en la vida han sido buenas y piadosas con el hombre.

Pero hay realidades que, como en un columpio, se van y al mismo tiempo se acercan a nosotros; cambian los tiempos y perduran los recuerdos azuzados por la imaginación y la nostalgia. Dña. Paquita, acompañando de Dña. Esperanza, iba a endulzar los corazones de Mala; y el día de Las Nieves, con D. José Fajardo, a llenar de liturgia la ermita que se esfumaba en la lejanía rodeada de cardos y geráneos esqueléticos y madreselvas somnolientas.

En los momentos en que escribo estas palabras; las siluetas de estas mujeres y de otras tantas como ellas nos obsesionan.

Tengo conciencia de que lo que escribo no está en los grandes libros de erudición; pero sí creo oportuno recoger algo del anecdotario de un pueblo como el de Tegui, para que no desaparezca como el pez que acaba de pasar bajo el agua, iluminado por un rayo de sol.

Sé que en la diócesis de Canarias hay sacerdotes que quieren impedir lo que llaman "folklore en las iglesias; yo creo que este folklore jubiloso, casi siempre producto de una imaginación religiosa debe "perdurar" como si fuesen reliquias intocables; nunca deben morir las danzas con villancicos cantados el día de Navidad, ni desaparecer el "Rancho Grande" ni el "Rancho Chico", porque forman parte esencial de las vibraciones de un pueblo que quiere manifestarse en lo más profundo de su alma.

Ni los Diabletes que salen vestidos de verde con lunares rojos y negros antes de las fiestas del Carnaval y que tanto asombraban a los niños y divertían a los mayores con sonsonetes de esquilas y campanillas para imponer pánico. Estas costumbres son muy valiosas y no hay que dudar de que entran de lleno en la tradición de Teguiise; y Teguiise, su vida y su alma está ahí. en la tradición heredada, y sin ella, el pueblo moriría de hastío, porque un pueblo no es sólo futuro sino también historia y la Villa, es, por excelencia, el archivo tradicional y cultural de la isla.

Sí, señores, señoras y queridos alumnos: tenemos que pensar que los siglos van pasando y Teguiise (La Gran Aldea), a través de su soledad y su silencio, ha elaborado su personalidad; una personalidad casera y sencilla, heredada de laboriosos labriegos que andurreaban por calles y conventos y de mujeres hacendosas que bordaban y remendaban viejas casullas y confeccionaban acericos en forma de corazón; y hay que introducirnos en el alma paciente de aquellos campesinos que venían de Tao, Tiagua, El Mojón o Teseguite para pagar los diezmos y primicias a la Iglesia de Dios y llenar La Silla de granos para tener reservas en los años malos de sequía. Por otro lado, los conventos de San Francisco y Santo Domingo elaboraban la fe: franciscanos y dominicos; unos enseñaban el abrazo a la pobreza; los otros, dogmáticos, enseñaban ciencia divina.

En fin un pueblo hormigueante y hacendoso; un pueblo que pasó de la llama encendida que surgía frotando los pedruscos de perdernal, a la luz del candil de aceite, de la luz de carburo a las velas encendidas con fósforo y luego a la luz de una bombilla eléctrica, cansada, silenciosa y mortecina.

Y seguimos recreando cosas y cosas e intentamos rescatarlas, ahora, con una nostalgia creciente y que se halla ubicada entre los laberintos de una duda desconfiada de lo científico, en un empeño por delimitar lo real y concreto, de lo simplemente "ensoñado".

Cada pueblo tiene su alma y desentrañarla supone un gran esfuerzo en nuestro empeño. "La Villa, villa" es sin lugar a dudas, un pueblo encantado y ojalá que nunca se encuentre la barita mágica que la envuelva en la vorágine de los pueblos insoportables.

La Villa se encuentra en el mismo contexto geográfico de Zonzainas, donde a pocos kilómetros se hallan recintos semienterrados y bastante material aborigen; en la extensa planicie hay que ver al hombre que camina abriendo senderos entre cordadas de lava volcánica y arenisca mezclada con lodo de fondos marinos.

La Crónica Normanda "Le Canarien" dice así de los hombres que trajeron la historia por estas tierras: "Berrín, así acompañado, se fue a cierto pueblo llamado "La Gran Aldea", en la cual encontró a algunos canarios".

Algunos autores han asociado La Gran Aldea con el poblado de Acatife, topónimo recogido en

la obra de Marín y Cubas y en Le Canarien; pero nuestra desbordante imaginación presiente que la Gran Aldea forma los cimientos donde se asienta la vieja capital de Lanzarote, desde que en ella se estableció la residencia de los Señores de la isla, la familia Peraza-Herrera.

El interesante libro de Navarro Artiles "Teberite". recoge las siguientes variantes del hermoso topónimo de Lanzarote; Teguis. Teguisa. Teguisse, Teuguise. Torguise; y el nombre de una persona: Teguisse, nombre de una princesa, hija del rey Guadarfía, casada con Maciot de Bethencourt.

Aquí se abrazan el bello nombre de la Gran Aldea con el de una princesa aborígen; puede que la imaginación creadora de un historiador así se lo haya inventado porque no hay documento próximo a la época que así lo acredite; pero es suficiente el bello nombre de un pueblo para llevarlo una princesa, que, al parecer, era muy bella; en la onomástica de hoy; ¡Cuántas mujeres llevan el nombre de Yaiza!

En fin, el nombre de Teguisse es muy bello y sugerente, como lo es el simple nombre de "La Villa"; según Antonio Cubillo, la etimología de Teguisse se encuentra emparentada con la voz tuareg "Teguese", que significaría-"la que tiene derecho a suceder por línea materna".

Desde el lago profundo de nuestra alma inquieta, salen, como fantasmas, personajes históricos que conjuramos por estas tierras de San Miguel de Teguisse y Zonzamas: La princesa Ico, hija del aventurero Ruiz de Avendaño, el capitán vizcaíno que llegó a estas tierras en noviembre de 1377; La princesa tuvo que soportar la prueba del humo para garantizar su origen real y que más tarde había de ser cautiva y llevada en una nave, también vizcaína, camino de la tierra de su padre natural. Por otro lado, la infanta Teguisse, hija de Guadarfía; en realidad, personajes históricos, envueltos en leyendas y complicadas genealogías que presentan los diferentes relatos de la historia de la isla de Lanzarote.

Pero la historia de un pueblo no está sólo en las crónicas, que a veces suelen ser confusas, legendarias y muy imparciales.

La Verdadera historia está en el fondo, en esas figuras de cientos y cientos de labriegos y obreros de oficio, en los estudiantes y en los amantes de una cultura que trasciende más allá de los límites de una aldea o de una villa; ellos son los que tejen la auténtica personalidad de un pueblo que les dio vida aunque sus frutos hayan caído en cercado ajeno, pero que ¡siempre llevaban en su alma la impronta esencial de su pueblo:"su gran humanidad."

Aquí cabe señalar dos hijos eminentes de Teguisse: Don José Clavijo y Fajardo: Nacido aquí en La Villa el 19 de Marzo de 1726. Estudió en el convento de San Pedro Mártir de Las Palmas; allí estudió latín y filosofía eclesiástica y teocrática, bajo la dirección de un tío suyo de la orden de los dominicos.

En 1749 fija, su residencia en Madrid; era la época en que Fernando VI regía los destinos de España; allí cultivo la amistad con los literatos y políticos de la época. Allí empieza a publicar su periódico "El Pensador", de ideas renovadoras en todos los aspectos; analiza las costumbres de una España ya caduca; critica las representaciones teatrales, sobre todo los autos sacramentales tan distantes de los de Calderón de La Barca. Su crítica es sana, regeneracionista. Sus escritos iban destinados a lograr una España mejor colocada en la Europa de entonces; en una palabra: su gran deseo era modernizar España sin destruir sus raíces, atacando la superstición y la rutina que envejece a los pueblos: en él hay que buscar

muchos antecedentes de Larra y de la Generación del 98: Europeizar a España en todos los aspectos. Pero la característica más distintiva de Clavijo es su exagerado filantropismo que culmina en toda su vida y su obra y se le señala como el más alto modelo de aquel sentimiento de humanidad, nacido al influjo de las filosofías del siglo XVIII. Dice Agustín de Espinosa en su tesis doctoral que: "En ningún escritor de aquella época se encuentra tan acusado, como en Clavijo, ese compasivo amor al pueblo, al "pobre pueblo", como él lo llama". En la Gaceta de Madrid de 1 de Mayo de 1807, queda la noticia de su muerte; dice que ejercitaba Clavijo las virtudes más humanas "entre las cuales sobresalían, especialmente, su caridad con los pobres".

Pero su gran personalidad, en el siglo XVIII no se la da el hecho de ser uno de los fundadores del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid, ni el ser amigo de Humbolt, el gran amante de La Naturaleza, sino el de una aventura amorosa; él, en París, intima con una francesita, Luisa, hermana de Carón de Beaumarchais. secretario de Luis XVI de Francia; los dos enamorados vuelven a verse en Madrid; pero . Don José, el de la Villa, no quiere correr la aventura de casarse con la francesita; su hermano, el prestigioso autor de teatro de la Francia pre-revolucionaria viene a Madrid; se baten Beaumarchais y Clavijo en un duelo de honor; el francés consigue la expulsión de Clavijo del Archivo Real y de la Corte. Su periódico "El Pensador" está tres años sin publicarse; la francesita María Luisa Carón muere, soltera, en un convento. Este episodio, es más o menos, lo que en las cortes de Europa se llamó el "Caso Clavijo". el niño guapo de Lanzarote, conquistador de damitas; el caso, hoy, parece intrascendente; pero lo cierto es que entre las obras principales de Goethe, el gran autor alemán, el creador del Fausto, lleva el título de "Clavijo", en la que hace morir al escritor de Tegui a manos de Beaumarchais, ante el cadáver de la amada Lisete.

La otra gran personalidad de Tegui es D. Alfonso Espínola.

Médico y filósofo, filántropo amante de las ciencias (1845-1905); emigró al Uruguay; su estatua está aquí frente al convento de San Francisco; De él dice el Diccionario Hispánico Universal que realizó obra humanitaria y creó el Instituto Microbiológico Antirrábico del Uruguay: fue discípulo de Pasteur y mereció ser condecorado por los gobiernos de Italia, Francia y Uruguay.

Creo que vale la pena recordar estos personajes históricos de Tegui: sin lugar a dudas, los dos, pasaron, camino del Puerto, por la, aldea de Tahiche; uno camino hacia Europa; el otro hacia América; uno, con ansias de reformador de costumbres de una patria que se hacía vieja dentro de Europa; el otro, a realizar labores humanitarias en Hispano-América. En los dos. ya lo hemos repetido, destacaba su gran humanidad.

Sí; posiblemente ellos pensarían en un viaje sin retorno; dirían adiós a su Villa y mirarían, bajando, a la derecha, las últimas casas, desperdigadas, de su pueblo natal.

Tahiche tiene, para mí, una significación especial; en los años 60 me aventuré por su volcán; recuerdo la "Casa amarilla", abandonada, con un portón abierto y muebles de solera, de maderas nobles, asinados en una pared. Adentrarse por los vericuetos del volcán era una experiencia nueva; viejos caminos rodeados de piedras volcánicas conducían a unos terrenos baldíos donde reinaba la aulaga y se movía algún tarajal pidiendo una limosna de agua; en algunas concavidades, chavocos con vides retorcidas, de forma que parecían luchar con la vida misma, y que sólo le da la única oportunidad de beber la humedad de la noche. Atravesar cercados que se festoneaban con caprichosos fragmentos de lava, colocados, para que el viento no robe la tierra o proteja, de forma débil, las semanteras. Era, entonces, una

excursión por laberintos de terraplenes y lavas parduzcas o de color cinabrio.

Luego una voz, luego voces cruzadas por el viento; luego, dos gritos nos increpan: "¿A dónde van? ¿Qué vienen a buscar aquí? Hay que respetar el volcán; es lo único bueno que hay por estas tierras. "Esas eran más o menos las palabras de dos hermanos solterones, ya entrados en edad; y era que habíamos entrado, sin autorización, en su territorio; nos hicimos amigos al momento; ellos parecían dos anacoretas; eran dos vigilantes de la virginidad del Volcán; dos centinelas de los vómitos apagados de la tierra.

Sólo vivían por y para el volcán de Tahiche; ellos hacían elogios de su silencio y de los frutos sabrosos que allí podían recoger su casa paterna estaba en el Puerto, cerca del Charco San Ginés, pero desde el amanecer hasta el anochecer permanecían en la suerte que en herencia les habían dejado sus padres; un día, me enteré que los defensores del volcán tenían por mote "Los palos del Juanito", porque caminaban, cuando iban de regreso a Arrecife, uno detrás del otro, de alturas distintas, a cierta distancia, pero al mismo ritmo, como si fuesen el palo mayor y menor de un barco de velas; adentrándonos dentro del alma de estos personajes era como meternos en el pozo profundo de dos lunáticos pacíficos: eran algo así como dos Quijotes contemplativos, sin lanza, yelmo, escudo y rodela. De verdad, en el Volcán de Tahiche estaban escondidas sus dos Dulcineas con la belleza del silencio y los secretos ocultos que guardaba un volcán; allí tal vez se custodiasen los suspiros de la princesa Ico, y de la interprete Isabel la Canaria, y de tantos nativos que embarcaron en la nao Tajamar camino del destierro para ser vendidos como esclavos; tal vez. por allí los últimos suspiros de los conejeros que por última vez pasaron la gran travesía del Atlántico para fundar la ciudad de San Antonio de Tejas, después de muchas peripecias, en la Nave "Santísima Trinidad". Ahora vamos a otra cosa:

Yo, que no soy poeta, sino que lo intento con mis pobres palabras, siento una complacencia secreta por hacer versos que enmarquen a la Villa, sus pagos, sus aldeas y su castillo; en mi interior, Guanapay parece dormir mientras se recorta su figura 'el intenso azul claro de un cielo despejado; pero no está durmiendo, con un silencio de muerto; está, de noche y de día, siempre en sintonía, como si fuese una emisora de historias y leyendas.

Por las almenas del castillo parece que el viento canta en torno al cráter de un volcán que bien pudiera ser plaza de toros, teatro prehistórico, o terreno de luchadores; me imagino, en una garita, agazapado, el centinela de turno observando la inmensa llanura; por la noche, encendido el mechón, el vigilante canta La canción de vela que compuso. Lope de Vega: "Velador que el castillo vela, vélalo bien y mira por ti / que velando en él me perdí"; o tal vez canturreaba el romance tradicional más extendido por estas tierras:

A cazar va el cazador.
a cazar como solía,
los perros lleva cansados
y el hurón perdido había."

Y un hechizo especial se prende de nosotros que navegamos muchas veces por los secretos caminos de la imaginación; y la isla caballeresca prende en los sentimientos como el fuego lo hace sobre un monturrio de aulagas resacas; y vemos como los pedernales se frotan unos a otros y un "poema ingenuo sale de nuestros labios como un producto fabricado que se mueve rítmicamente dentro de nuestra alma.

Pero los acercamientos poéticos hacia la Villa y su entorno, no son otra cosa que elaboraciones del espíritu que nos anima a verificar algo así como el ovillo de un gusano de seda o el tejido de una araña en cualquier taro abandonado entre tierras resacas; o es, simplemente, una recreación entremezclada de datos mal hilvanados donde quieren besarse la leyenda y la crónica, lo físico real y el tiempo que quiere posarse en nuestra frágil imaginación.

Estas líneas que he pergueñado para el pueblo y para los alumnos que asisten al instituto. sólo tienen el propósito, la única intención, de hacer que se conozca mejor el territorio de Tegui y sus alrededores. El único objetivo es que los alumnos despierten su imaginación y conozcan la médula en que se mueven y despierten su imaginación recreativa y no sólo se paren en una mera contemplación estática, fotográfica, sino que("una dinámica nueva" los conduzca por nuevos senderos; nuestro malogrado César Manrique tuvo la gran intuición de ver más allá de las cosas: El vio la posibilidad de crear un paisaje nuevo sobre las viejas paredes de canto y piedras volcánicas; el vio, dentro de la sencillez heredada, una arquitectura especial que fuese apacible al alma y a la vista; él supo ver una decoración con los elementos sencillos de los artilugios de campesinos y marineros; él creó nuevos paisajes con los viejos senderos; él hizo que su mundo pictórico estuviese de acuerdo con los elementos de su tierra y con la tragedia volcánica de su isla, pero todo dentro de la modernidad más absoluta: el crear el "hábitat" de un hombre nuevo, con mentalidad nueva sobre la base de que en todo late el espíritu del hombre viejo que miraba al cielo y al mar, y al campo verde y seco; y sabía ornamentar de forma intuitiva para encontrar su armonía dentro del mundo que le rodeaba; él hizo que la sabia más rica, más ignorada de Lanzarote se convirtiese en la obra más grande de nuestro archipiélago"

Dice Agustín Espinosa en su Lancelot que "una tierra sin tradición fuerte, sin atmósfera poética, sufre la amenaza de un difumino fatal. Es como esas palabras de significación anémica, insustanciales, que llevan en su equipaje pobre- e inexpresivo- las raíces de su desaparición"; pero, en realidad este no es el caso de Lanzarote; se equivocaba nuestro magnífico prosista; sí, se equivocaba cuando decía esto; se equivocaba, se equivocaba como la paloma de Alberti; y ello, porque continúan vivos y remozados los castillos de la edad media: los restaurados en la época de Felipe II y los mandados a construir por Carlos III; permanece la Cueva de los Verdes con su magia de colores; y permanece el secreto de la fragua de Vulcano en las montañas del fuego; sí vive el espíritu aventurero de Lancelot, en sus habitantes; pero se equivocaba Espinosa, repito porque el sepulcro de Lancelot no debe ser el único que resucite las andanzas del aventurero medieval, sino otro, el sepulcro de Cesar Manrique, el gran aventurero dentro de su isla natal el que eligió a Tahiche para vivir y morir, en una "vida -sueño" que siempre lo ha de eternizar.

Así es. queridos amigos, queridos alumnos: "Las aventuras de Lancelot nunca quedaron difuminadas; las aventuras siempre han continuado con Don José Clavijo y Fajardo, con Don Alfonso Spínola, con los Lanzaroteños fundadores de ciudades en América; y sobre todo, se "acrisolaron" con el canario más universal hoy por hoy: "El caballero Don César Manrique". Y como en estas tierras nació también la mejor endecha de la Literatura Española, con ocasión de la muerte de otro aventurero, Guillen Peraza, yo, pobre de mí, también me atreví con mi alma de conejero arrimado, a escribir un canto elegíaco a Cesar, a quién acechaba la muerte por aquí, por Tahiche, envidiosa de tanta gloria como llevaba en su pecho.

Endecha a César Manrique.

El destino fatal te abrió las puertas
en momento maldito a la esperanza.
Un escollo fatal de hierro y aluminio
hizo riadas de sangre por tus ojos
y tu cuerpo, lastimosamente opreso,
se tornó en torrenteras
con el líquido alfójar de tus venas.
Que Dios nos vala el dolor de la mudanza
de tanto genio acumulado en púa.
Errante quede el sentir en piedras negras
y canten las mujeres el Dios os valga
rompiendo greñas y aruñando caras.
Que lágrimas de dolor derramen las palmeras
en ocasos de sangre.
Que silenciosas suden las areniscas negras
las escamas eternas de tu preciosa tierra.
Que se vaya el dolor a rizar mares
y a llorar vaya el viento en sementeras.
Que doblen las campanas
rompiendo bronces y espadañas
donde duerma la aurora con las olas.
Que el grito se haga hielo en nube parda
entre laderas de tu volcán inmenso
y temple, a la sombra de tu rostro,
tanta ola en el aire, en candeleros.
y enjuague con dolor tus campos de cebollas
y nazcan nardos tus montañas secas
en sublime delirio por tu ausencia.
Ronco llore el volcán como un león herido
y perlas lance al fuego el mar enfurecido.
La muerte te trincó y asesinó la aurora de tus islas.
Te sorprendió fatal el destino sin horas.
Te acorraló sin gritos
la noche amante del sepulcro en sombras.
Que el consuelo de tu amor resurja
caliente por las grietas profundas
de tanto volcán roto.
Que en silencios de linderos broncos
de oro, caigan, las espigas, en canto nuevo,
y la orilla del mar en los islotes
se borden con perlas y azucenas.
Que en presencia de Dios estés difunto-vivo
y caballero seas de la muerte enamorada,
danzando sin guadaña, entre tus tierras.
Que tu isla-volcán te ascienda en alto
para crear con Dios prodigios en tus suertes
y en alta pira y con incienso eterno
arda la llama que te aclame siempre.

Nazario de León y José Perdomo han publicado una antología titulada "Acercamiento poético"; la edición fue patrocinada por el Excmo. Ayuntamiento de Arrecife. Ha sido un gran acierto; en ella se recogen, en dos volúmenes, los poemas llenos de vibración emotiva de unas personas "con grandes dosis de sentimientos y expresividad", que han nacido o han vivido en Lanzarote. Dos poemas he podido localizar, cuyo trasfondo, sentimental, tienen por motivación la Villa de Teguise; uno es de su hijo natal, José María Fierro, nacido en 1893 y que desde muy joven emigra a Buenos Aires donde muere en 1962; en el poema, escrito en la capital Argentina se connota un desgarró de ausencia del proscrito del suelo que le vio nacer; recojo solo unos fragmentos:

Villa de rancio abolengo
de palacios y "mareta"
de tu señorial silueta
recuerdos gratos retengo;
en mis estrofas te arengo
a "sacudir la polilla"
secular y noble Villa
de los Niebla feudalía
donde se alzara algún día
el pabellón de Castilla.

"A pesar de estar proscrito
de tu suelo y tu hidalguía
¡No no te olvido, Villa mía
siempre tu nombre repito".

anhelado espera el bajel
de mi ardiente fantasía
que me llevará algún día
como es mi constante anhelo,
¡a besar tu dulce suelo!
adorada Villa mía.

El otro poema titulado "A Teguise", es de Rafael Stinga González, natural de Tías; abogado y político; entre sus discursos en el Senado destacan el referido a la ley reguladora del Parque Nacional de Timanfaya y el de defensa del Estatuto de Autonomía de Canarias. Ahí les va el soneto dedicado a Teguise:

Oh villa señorial risueña y bella
de altas torres y de carmín tejados
con conventos solitarios y olvidados
de un mundo que murió, arca de huellas.

Llevas algo en tu entraña que fascina
y en tu dulce soledad hay embeleso,
eres faro espiritual quizás por eso,
por ser tan recoleta, seas divina.

Estrechas callejuelas sombreadas
por mimosas y yedras trepadoras
que cuelgan de las casas solariegas.

Do del templo la música sonora
de la grave campana voz severa
se expande por los aúnes voladora.

Pero no cabe olvidar la prosa poética del profesor de Literatura del Instituto de Arrecife, Agustín Espinosa; el nos dio, como diría Alfonso de Armas, la mejor lección de la Geografía de Lanzarote y al mismo tiempo su mejor lección profesoral de "docente de Literatura". A "Azorín" le dedica el capítulo titulado "Teguiise y Clavijo Fajardo"; sólo nos vamos a limitar a breves fragmentos, lo que estimamos son más indicadores, más deícticos, o, mejor, más digitales, para las connotaciones de la Villa; haciendo referencia a la Montaña de Guanapay, escribe:

"Por ella, una aurora de claridad perenne juega a los moros, entre un sonar de campana de leyenda y un correr regocijado de película de Harold. Sobre la montaña, el castillo de Santa Bárbara pone su nota tradicional. De una tradición de incursiones africanas que el romancero de las Islas ha cantado con sentimiento propio, dando categoría atlántica peculiar a un tipo de romance exactamente canario":

"Mañanita de San Juan,
como costumbre que fuera
las damas y los galanes
a bañarse a las arenas.
Laurencia se fue a bañar
sus carnes blancas y bellas.
Vino un barquito de moros
y a Laurencia se la llevan.

y sigue el profesor de literatura;

"En este pueblo -Teguiise- jovial y esperanzado, nació José Clavijo y Fajardo". "Esa fianza en sus destinos, esa tranquilidad, de escolar con Ángel Custodio, de Teguiise. explican una gran parte de su obra y de su vida aventurera". "En esa escuela sin maestros del fiar, el hijo del parto más jubiloso de Lanzarote; aprendió a saltar audazmente los dobles obstáculos peligrosos de la vida. En sus correrías de infante por las calles de Teguiise, recogió Clavijo y Fajardo la prodigiosa cosecha de valentías confiadas, futuros salvavidas para los naufragios imprevistos de los días".

Y ahora, una selección, de poemas míos que hacen referencia al entorno de Teguiise, sus pagos y sus aldeas; les ruego perdonen este atrevimiento de viejo cansado, que, como una avutarda aletea torpemente, con su imaginación, por estas tierras que de continuo le han fustigado su alma.

Castillo de Guanapay

Castillo de Guanapay,
no te duermas en el tiempo,

mira que está ya la villa
entrando por los conventos.

Santo Domingo predica
y reza dentro del templo;
¡No te duermas, Guanapay,
con la canción de los tiempos!

San Francisco está roncando
y San Antonio contento.
¡No te duermas, Guanapay
con el arrullo del viento!

Castillo de Guanapay
despierta a tus centinelas
que San Bartolomé ya viene
subiendo la montaña.
Castillo de Guanapay,
con luminarias de tea
sueñas con hacerte barco
y mecerte en la marea.
Castillo de Guanapay,
con tu torre y tus almenas
ya sólo sueñas con lunas
ya sólo besas la arena,
ya sólo antojas bañarte
por la noche, en la Caleta.
¡Castillo de Guanapay,
empinada fortaleza,
lanza tus flechas al cielo
que viene la luna llena!
Castillo de Guanapay,
dos caballeros te esperan
llenos de fe y esperanza
tocando en tu puerta abierta:
Amadís y Lanzarote,
sin lanzas y sin escudo
vienen a pasar la noche
para contar las estrellas.

Serenata a Teguisse.

Por Teseguite a la Villa
Por Tahiche, a las higueras.
Por Guanapay, al Castillo
Por Nazaret a las centellas.

Por la Villa entró un camello

que se paró en las laderas
llevó a Santa Catalina
metida en su faldriquera.

Guanapay es un castillo
que a la Villa, vela, vela;
vela en la Caleta a un barco
porque se murió su estrella.

Tiagua fuera un caserío
entre tierras muy reseca
y Soo, un viejo destino
que se afianzó en los cometas.

En Guatiza; baila el viento
hasta Mala en el molino;
y en Tao, de cielos claros,
sueña que sueña el arado.
La Villa con la Graciosa
tiene su barquilla anclada
donde cantan las sirenas
mojadas en la mañana.

Y Alegranza... es la pardela
soñadora de la mar,
que se va a Montaña Clara
buscando espejos de sal.

Sueños de Nazaret.

"Hasta unas nubes bajas que la tarde ha traído sobre Nazaret han ido buscando el paralelismo de sus aéreos prismas imperfectos del cielo con los paralelepípedos perfectos de la tierra. Las Casas de Nazaret piensan entonces que se están mirando en el espejo".
(A.Espnosa)

¡Por Nazaret pasó un ángel!
¡Qué bello vuelo voló!
Por Nazaret sopló un viento
que una campana sonó.
¡Qué bello está el campanar
con el vuelo y con el viento!
Sueño de amores las torres
de la Iglesia y los conventos.
Sueño inocente de niños
que recrean su castillo
en una tarde de Invierno.
Sueño de los viejos largo....
tan largo como un cometa:

llena de agua la maretá
que rebosaba hasta el mar
una tarde de planeta.
¡Por Nazaret pasó un ángel!
¡Qué bello vuelo voló,
lo vieron los niños solos
cuando un reloj se paró!

En la plaza de la Villa.

Los leones de la Villa
fuertes son como un primor;
juegan, cuando el viento duerme,
con los niños y un halcón
que volaba por la calle
entre la una y las dos,
en competencia de vuelo
con un mirlo y un azor,
sin hacer grandes revuelos,
entre la una y las dos.

Los leones de la villa,
¡tristes muy tristes están!
porque se murió una niña
debajo de un tarajal.
sin que nadie lo supiera
que era de amores su mal.
Los leones de la Villa
quietos, que quietos están
viendo como el tiempo pasa
y como muere un cantar
en el medio de su plaza.

Los leones de la Villa
tristes que tristes están
porque se ahogó aquel niño
en la aljibe, al resbalar.

Las campanas de la iglesia
tocan que tocando están
porque lloran los leones,
porque suspira la mar,
porque llega un viento tarde
que presagia mucho mal.

En la aljibe llora el agua
que por los caños se va,

llora que no tiene cielo
como las aguas de la mar.

¡Cómo lloran los leones
de tanta selva soñar!

Déjame morir.

Por Teseguite, a la Villa
y por Tahiche al volcán,
desde Tao a La Caleta
se oye siempre este cantar:
"Solo que me estaba solo
en mi barquilla, en el mar;
solo que me estaba solo
con mi pena y con mi mal;
solo que me estaba solo
llorando mi soledad,
soledad de tantos siglos
a mi corazón leal
déjame morir, que muera
junto a la orilla del mar".

Al Cristo de la Vera Cruz.

Un cimborrio de luz
te destiñe tu traje,
Cristo de la Vera Cruz.
Tú, Cristo quieto,
melenudo y humilde,
amigo del desierto,
te buscas a ti mismo
en silencio, por las calles
vacías de la Villa.
Caminas tú, Cristo del mar,
Cristo morado,
por llanuras peladas,
solitario, sin nada
como un reloj sin horas
en un tiempo parado.
¡Cristo de la Vera Cruz,
tus ojos santos
me hieren con la luz
que te sale de dentro
con tristeza, sin llantos.

Por Tahiche.

Por el volcán de Tahiche
hurones y madrigueras.
Por el volcán, siete perros
y chavocos con higueras.
En el volcán de Tahiche
mi amada siempre me espera
en una casa amarilla
rodeada de tuneras.
Por el volcán de Tahiche
quisiera ir, si pudiera,
a cortar, mi niña, rosas
que llegó la primavera.
Por el volcán de Tahiche,
por Tahiche siempre fuera
a trenzar, niña, tu pelo
tu pelo de seda negra.
En el volcán de Tahiche
mis amores discurrieran
entre barrancos de lava
y baldíos con higueras.

Tao y Tiagua.

(a mis entrañables amigos que en paz descansen José M^a Barreto y Francisco de Armas)

Tao y Tiagua, sol y viento
y por medio una canción
entre suertes y montañas
que se mueren de dolor,
con viejos muros de piedras
y llanuras de picón.
¡Vieja canción que se oye
y estremece el corazón!
Tao tiene una campana
y Tiagua un reloj,
la campana toca sola
y el reloj se le paró.
La campana está en el fondo
y en la montaña el reloj;
¡Hermanas que se van solas
por los caminos de Dios,
empujando a los camellos
uno a uno y dos a dos!
¡Hermanas que se van solas
sin campana y sin reloj!

Adiós a la Villa.

Esa alma que me pone la lluvia
en tierras removidas por camellos.
Ese volar de una bandada, en llano solitario.
picando el viento que se duerme solo.
Ese molino que ya no mueve aspas.
Ese castillo sin castellano dentro.
Ese convento sin maitines al alba.
Esa mareta tapada con cemento.
Ese coger, coger el tiempo
y meterlo en un reloj parado.
Ese palacio remozado
donde no corren niños
ni hablan los criados.
Esa oración que salta
de la Iglesia a la casa.
Esa alma, ese volar,
ese molino, ese reloj
es la Villa que pasa:
corza herida del tiempo
corza herida de amor.